

fuego desde las barricadas. En su última entrevista dijo á Felicidad:

—Volveré. Espérame con la niña.

Esta era la palabra que conservaba más clara en sus recuerdos, allá, cuando se abismaban sus miradas en el horizonte infinito del mar. La noche le sorprendía muchas veces. A lo lejos, una blanca claridad permanecía mucho tiempo, como el velamen de un barco, agujereando las tinieblas crecientes; y parecíale que debía levantarse y andar sobre las olas, para llegar, por aquel sendero blanco, puesto que prometió volver.

## II

Damour se portaba bien en Nueva Caledonia. Había encontrado trabajo y se le hicieron concebir esperanzas acerca de su indulto. Era un hombre de dulce carácter, que gustaba de jugar con los niños. No se ocupaba ya de política. Tratábase poco con sus compañeros y vivía solitario; únicamente podía reprochársele que se embriagara de cuando en cuando, y aun así tenía unas borracheras de buen muchacho, llorando á lágrima viva y yéndose á la cama por su propia voluntad. Su indulto, pues, parecía evidente, cuando un día desapareció. Todo el mundo quedóse estupefacto al saber que había huido con cuatro camaradas. Desde hacía dos años había recibido bastantes

cartas de Felicidad, y él le escribía también con bastante frecuencia. Después pasó tres meses sin noticias. Entonces le entró una desesperación inmensa ante aquel indulto que quizá sería necesario esperar dos años más; y lo arriesgó todo en una de esas horas de fiebre, de las cuales se arrepiente uno al siguiente día. Una semana más tarde se encontró sobre la costa, á algunas leguas de Numes, una lancha destrozada y los cadáveres de tres fugitivos desnudos y descompuestos ya, entre los que, según afirmación de algunos testigos, se encontraba Damour. El ahogado tenía su misma talla y su misma barba. Después de un expediente sumarísimo y de cumplir algunas formalidades, se expidió un certificado de defunción, que fué remitido á Francia, á petición de la viuda. Toda la prensa se ocupó de la aventura, y un relato muy dramático de la evasión y de su desenlace pasó de los diarios al mundo entero.

Sin embargo, Damour vivía. Se le había confundido con uno de sus compañeros, y esto era tanto más extraño cuanto que los dos hombres en nada se parecían. Ambos, sencillamente, eran altos y llevaban la barba larga. Damour y el cuarto evadido, sobrevividos por milagro, se separaron en cuanto llegaron á tierra inglesa y ya no volvieron á verse. Sin duda el otro murió de la fiebre amarilla, que por poco no mata también á

Damour. Su primer pensamiento fué escribir á Felicidad previniéndola. Pero cayó un periodico en sus manos y allí leyó la noticia de su evasión y de su muerte. Entonces le pareció que escribir una carta era una imprudencia; podían interceptarla, leerla y llegar por ella al conocimiento de la verdad. ¿No era preferible estar muerto para todo el mundo? Nadie se inquietaría más por él; entraría libremente en Francia, en donde esperaba la amnistía para hacerse reconocer. Y entonces fué cuando un terrible ataque de fiebre amarilla le retuvo en un hospital durante algunas semanas entre la vida y la muerte.

Cuando Damour entró en convalecencia, experimentó una invencible pereza. Durante muchos meses estuvo débil y sin voluntad. La fiebre había disipado en él todas las antiguas ilusiones. No deseaba nada... ¿para qué? Las imágenes de Felicidad y Luisa se habían desvanecido. Las veía siempre, pero muy lejos, entre brumas, apareciéndoseles como figuras dudosas. Indudablemente, en cuanto estuviese fuerte, iría á buscarlas. Después, cuando se encontró reconstituído, pensó que, antes de ir á encontrar su familia, debería ganar una fortuna. ¿Qué haría en París? ¿Morirse de hambre? Tendría que recurrir á sus cinceles y quizás no encontraría trabajo, porque estaba atrozmente envejecido. Al contrario, si iba á

América, en algunos meses podía reunir una fortuna de cien mil francos, modesta cifra ante la cual se detenía, en medio de prodigiosas historias en que los millones de francos zumbaban en sus oídos. En una mina de oro que le indicaron, todos los mineros incluso los más humildes cavadores, arrastraban coche antes del medio año. Había hecho el arreglo de su vida. Entraría en Francia con sus cien mil francos, compraría una casita por el lado de Vincennes y viviría allí con tres ó cuatro mil francos de renta entre Felicidad y Luisa, olvidado, dichoso, ajeno á la política. Un mes más tarde, Damour estaba en América.

Entonces empezó una existencia obscura que le impelía el azar en una oleada de aventuras, á la vez extrañas y vulgares. Conoció todas las miserias y tocó todas las fortunas. Tres veces, según creía, tuvo en sus manos aquellos cien mil francos, pero todo se le deslizaba entre los dedos, y en su loca fantasía hasta llegó á imaginarse que le habían robado.

En suma, padeció, trabajó mucho, y por fin, se quedó sin camisa. Después de hacer correrías por las cinco partes del mundo, los acontecimientos le llevaron á Inglaterra. De allí se trasladó á Bruselas, en la misma frontera de Francia. Pero no pensó en entrar allí. Desde su llegada á América no escribió más á Felicidad. Tres cartas habían

quedado sin respuesta; quedó reducido al campo de la hipótesis; ó le interceptaban las cartas, ó su mujer había muerto, ó había marchado de París. Transcurrido un año todavía hizo una nueva tentativa inútil. Para no descubrirse si las cartas eran abiertas, escribió con un nombre supuesto, hablándole á Felicidad de un asunto imaginario, contando con que ella conocería la letra y le comprendería. Damour había casi adormecido sus recuerdos. Estaba muerto, no tenía á nadie en el mundo, y nada le atraía. Durante cerca de un año trabajó en una mina de carbon, bajo tierra, sin ver el sol, comiendo y durmiendo sin desear nada de allá arriba.

Una tarde, en una taberna, oyó decir á uno que la amnistía acababa de ser votada y que los comunistas entraban en Francia. Esto le despertó de su letargo. Recibió algo así como una sacudida y experimentó una necesidad invencible de ir, como los otros, á ver la casita donde vivió tanto tiempo. Primeramente fué aquel un impulso instintivo. Después, en el vagón que le conducía, su cabeza empezó á divagar; pensaba que podría hoy tomar su sitio á la faz del sol, si encontraba á Felicidad y á Luisa. Remotas esperanzas le subían del corazón; terminó creyendo que iba á encontrarlas muy tranquilas en la calle de los Envierges, con el mantel tendido, en actitud de esperarle. Todo se

explicaría, aún la menor mala inteligencia. Iría al municipio, daría su nombre, y el matrimonio reanudaría su vida de antes.

La estación del Norte, en París, estaba llena de una multitud tumultuosa. Se elevaban gritos en cuanto aparecieron los viajeros: reinaba un entusiasmo loco: brazos que agitaban pañuelos y sombreros, y bocas abiertas que aullaban un nombre.

Damour tuvo miedo un instante; no comprendía nada; imaginóse que toda aquella gente había ido allí para silbarle. Después conoció el nombre que aclamaban, el de un miembro de la Commune, que iba precisamente en el mismo tren, un contumaz ilustre, á quien el pueblo hacía una ovación. Damour le vió pasar, muy gordo, con la mirada humilde, sonriente, emocionado ante aquella acogida. Cuando el héroe subió á un fiacre, la multitud hablaba de desenganchar los caballos. La gente se estrujaba; la oleada humana se precipitó en la calle de Lafayette, y vióse un mar de cabezas, entre las cuales se divisó el fiacre, durante mucho tiempo, como un carro de triunfo. Y Damour, empujado, asfixiado, á costa de mil esfuerzos, pudo ganar los boulevares exteriores. Nadie se fijó en él. Todos sus sufrimientos, Versailles, la travesía, le volvieron á la memoria como una bocanada de amargura.

Pero en aquellos boulevares le sobrevino un enternecimiento. Lo olvidó todo; parecióle que venía de tomar trabajo en París y volvía tranquilamente á la calle de los Envierges. Se colmaban diez años de su existencia, tan repletos y tan confusos que le parecieron, detrás de él, como una simple prolongación del arroyo. Sin embargo, experimentó algún asombro, en aquellos hábitos de antaño, en los cuales entraba con tanta sencillez. Los boulevares exteriores parecieronle más anchos: se detuvo para leer los rótulos de las calles, sorprendido de verlos allí. Aquella no era, en verdad, la franca alegría de poner un pie sobre aquel rincón de una tierra añorada; era una mezcla de ternura donde cantaban estribillos de romance sordas inquietudes, la inquietud de lo desconocido, delante de aquellas antiguas casas conocidas que encontraba. Su turbación aumentó á medida que se aproximaba á la calle de los Envierges. Se sentía desfallecer y tuvo deseos de no ir más allá, como si le esperase una catástrofe. ¿Por qué volvía? ¿Qué iba á hacer allí?

En fin, ya en la calle de los Envierges, pasó tres veces por delante de su casa, sin decidirse á entrar. La carbonería que estaba enfrente, había desaparecido; ahora se veía allí un puesto de fruta, y la mujer que estaba en la puerta le pareció tan distinguida, tan dentro de sí misma, que no se

atrevió á interrogarla, como habfa pensado en un principio. Prefirió arriesgarse yéndose derechamente al kiosco del portero.

—¿Madama Damour, si me hace usted el favor? —preguntó.

—No la conozco... No vive aquí.

Se quedó inmóvil. En vez de la portera de aquel tiempo, una mujer enorme, tenía delante á una mujercilla seca, biliosa, que le miraba con aire desconfiado.

—Madama Damour vivía al fondo, hacia diez años...

—¡Diez años! —exclamó la portera.—¡Apenas ha llovido desde entonces! Nosotros estamos desde Enero de este año.

—Puede haber dejado sus señas...

—No. No la conocemos.

Y como aún vacilase, la mujercilla amenazó con llamar á su marido.

—¿Acabará usted de curiosear la casa? Hay unas gentes por ahí...

Enrojció y retiróse balbuceando, avergonzado de su pantalón deshilachado y su vieja blusa. Por la acera ibase con la cabeza baja; después volvió, porque no podía decidirse á marchar de aquel modo.

Era como un adios eterno que lo despedazaba. Tendrían piedad de él y le harían alguna indicación,

Levantó los ojos, miró las ventanas, examinó las tiendas, tratando de reconocerlas. En aquellas pobres habitaciones donde caen los desahucios como granizo, diez años habian bastado para un cambio casi total de inquilinos.

Por otra parte, le quedaba una prudencia mezclada de vergüenza, una especie de espanto salvaje, que le hacía temblar ante la idea de ser reconocido.

Cuando descendía por la calle, advirtió al fin algunas caras conocidas: la tienda del tabaco, un droguero, la planchadora y la panadera que les proveía entonces. Dudó, durante un buen cuarto de hora, paseándose por delante de las tiendas, preguntándose en cuál entraría, lleno de sudor: tal era la lucha que se libraba en su interior.

Con el corazón desfallecido se decidió por la panadera, una mujer que dormitaba, siempre blanca como si acabase de salir de un saco de harina. Miróle y no hizo ningún movimiento. Verdaderamente no le reconocía con su cara atezada, su cráneo desnudo y la barba que le comía la mitad de la cara. Esto le dió algún atrevimiento, y pagando un panecillo, osó preguntar:

—Entre sus clientes, ¿no recuerda usted una mujer que tenía una niña, madama Damour?

La panadera quedóse pensativa, y después:

—¡Ah! Sí... será posible,—dijo,—pero hace mu-

cho tiempo. No he sabido ya... ¡Conoce una tanta gente!

Y tuvo que contentarse con aquella respuesta. Los siguientes días volvió, más determinado, preguntando en todas partes; pero en todas partes encontró la misma indiferencia, el mismo olvido, con informes contradictorios que le desorientaban cada vez más.

En suma, lo que parecía más cierto era que Felicidad dejó el barrio unos dos años después de su viaje á Nueva Caledonia, por el mismo tiempo que él se evadía. Pero nadie pudo darle su dirección; unos decían que en Gros-Caillón, otros que en Bercy. No recordaban tampoco á la niña.

Aquello se había acabado; sentóse sobre un banco del bulevar exterior y se echó á llorar como un niño, diciéndose que no trataría ya de saber nada.

¿Qué iba á ser de él? París le pareció vacío. Los pocos cuartos que le habían permitido llegar á Francia, se agotaban.

Tuvo la idea de volver á Bélgica, á su mina de carbón, donde había tanta obscuridad y donde vivió sin un recuerdo, dichoso como una bestia... y sin embargo, se quedó, y se quedó miserable; hambriento, sin poder encontrar trabajo.

En todas partes le rechazaban, encontrándole demasiado viejo. No tenía más que cincuenta y

cinco años, pero aparentaba sesenta: de tal modo le habían puesto los sufrimientos de diez años. Rondaba como un lobo; iba á los canteros que trabajaban en los monumentos incendiados por la Commune, y buscaba algún quehacer de los que se confían á los niños y á las mujeres. Un marmolista que trabajaba en la Casa del Ayuntamiento prometióle que le ocuparía para guardar las herramientas; pero la promesa tardaba en cumplirse y el infeliz se moría de hambre.

Un día, que sobre el puente de Notre-Dame miraba correr el agua con ese vértigo que atrae los pobres al suicidio, se arrancó violentamente de la barandilla, y, en este movimiento, tropezó con un transeunte, un buen mozo de blusa blanca, que se puso á injuriarle.

—¡Bruto consagrado!

Pero Damour se quedó con la boca abierta y los ojos fijos en aquel hombre.

—¡Berru!—gritó por fin.

Era en efecto Berru, Berru rejuvenecido, con la cara sonrosada. Después de su regreso, Damour había pensado en él algunas veces, pero ¿dónde encontrar al camarada que cambiaba de alojamiento cada quince días? Sin embargo, el artista enarcó los ojos, y cuando el otro le nombró, con la voz trémula, rehusando creerlo, dijo:

—¡No es posible... es un bromazo!

Y, no obstante, tuvo que convencerse con mil exclamaciones que hacían volver la cabeza á los transeuntes.

—¡Pero tú estás muerto!... ¿Cómo diablos me había de esperar todo eso? No se embroma á la gente así .. Veamos, veamos, ¿estás seguro de que vives?

Damour hablaba en voz baja suplicándole que se callase. Berru, que en el fondo encontraba esto muy divertido, acabó por cogerle del brazo, metiéndolo en una tienda de vinos de la calle de Saint-Martín. Y allí le colmó de preguntas. Quería saber qué había sido de su vida.

—Pronto lo sabrás,—contestóle Damour cuando estuvieron sentados en su gabinetito.—Ante todo, ¿dónde está mi mujer?

Berru le miró con aire estupefacto.

—¿Cómo, tu mujer?

—Sí... ¿dónde está? ¿Sabes sus señas?

La estupefacción del pintor aumentaba. Contestó lentamente:

—Sí que sé las señas... ¿pero no sabes tú la historia?

—¿Qué historia?

Entonces Berru añadió:

—¡Ah! ¡Está buena!... ¿Cómo? ¿Tú no sabes nada? ¡Tu mujer se ha vuelto á casar, viejo mío!

Damour, que tenía el vaso levantado, lo dejó so-

bre la mesa, presa de tal temblor que el vino le cayó por los dedos. Enjugólos con su blusa y repitió con voz sorda:

—¿Qué es lo que dices?... ¡Casada... casada!... ¿Estás seguro?

—¡Diantre! Te habías muerto y se volvió á casar... nada hay de raro ahí... Lo verdaderamente raro es que tú resucitas ahora.

Y mientras el pobre hombre permanecía pálido, con los labios trémulos, el pintor le dió detalles. Felicidad hoy era muy dichosa. Se había casado con un carnicero de la calle de los Frailes, en Batignolles, un viudo cuyos negocios manejaba ella admirablemente. Sagnard (el carnicero se llamaba Sagnard), era un gordinflón de sesenta años, pero muy bien conservado. En la esquina de la calle Nollet, la tienda, una de las más acreditadas del barrio, tenía el frontil pintado de rojo con cabezas de toro doradas á los dos lados de la tienda.

—¿Y qué vas á hacer tú?—preguntaba Berru detrás de cada párrafo.

El desgraciado, á quien aturdiría la descripción de la tienda, respondía haciendo con la mano un gesto vago.

—¿Y Luisa?—preguntó de pronto.

—¿La niña?... no lo sé. La habrán puesto en alguna parte para desembarazarse de ella... porque no la he visto con ellos nunca... Verdad es;

podían dejarte la niña, puesto que para nada la necesitan. Sin embargo, ¿qué harás con una muchacha de veinte años, tú, que no tienes aire de derrochar el dinero? ¿Eh? Sin ofenderte puedo decirte que cualquiera te daría cinco céntimos en la calle.

Damour había bajado la cabeza, ahogado, no encontrando una palabra.

—¡Veamos, que diablo! Puesto que vives, muévete un poco. No está perdido todo y puede arreglarse... ¿Qué piensas hacer?

Y los dos amigos se abismaron en una discusión interminable, donde se aducían siempre los mismos argumentos. Lo que no contó el pintor es que él tan pronto como el deportado salió para Nueva Caledonia, había tratado de arreglarse con Felicidad, cuyas anchas espaldas le seducían. Por lo cual guardaba contra la novel carnicera un sordo rencor, debido á su predilección por Sagnard, por su fortuna, sin duda. Cuando hubo pedido un tercer litro, exclamó:

—Yo, en tu lugar, iría á verles, me instalaría allí, y pondría á Sagnard en la puerta, si me fastidiaba mucho... Tú eres el amo. Después de todo, la ley está contigo.

Poco á poco Damour iba sintiendo los efectos del vino que hacía subir llamaradas á sus lívidas mejillas. Repetía que él haría lo que mejor le pa-

reciese. Pero Berru le impelia, le golpeaba las espaldas y le impulsaba á la venganza. ¡Seguramente se vengaría! ¡Había amado tanto á aquella mujer! La quería aún lo bastante para prender fuego á París con tal de volver á verla.

¿Qué esperaba, pues? Puesto que era de él, no tenía más que el trabajo de volverla á tomar. Los dos hombres, bastante borrachos, hablaban á la vez gesticulando violentamente.

—¡Voy allí!—dijo de pronto Damour poniéndose de pie.

—¡Enhorabuena!—gritó Berru.—Yo voy contigo.

Y marcharon hacia Batignolles.